



Fredric Brown

**VAGABUNDO
DEL ESPACIO**

Le podríamos llamar Crag, puesto que era el que usaba, y le vendrá muy bien como nombre. Era un ladrón y un criminal asesino. Una vez fue un hombre del espacio, de cuyo recuerdo le quedó una mano de metal. Eso y el gusto por los licores exóticos, además de una horrible aversión por cualquier clase de trabajo, podría resumir fácilmente el retrato somero de nuestro personaje. Crag, en efecto, es un pícaro, un simpático pillo dedicado a burlar la policía del Espacio, que lo persigue implacablemente para someterlo al terrible cambio de personalidad, que haría de él un hombre honrado. Pero Crag siempre consigue escapar... hasta el final.

I

No se le podía llamar por ningún nombre, porque no tenía nombre. Ni siquiera conocía el significado de nombre, o de cualquier otra palabra. No tenía lenguaje, puesto que jamás había estado en contacto con cualquier otro ser viviente en los miles de millones de años-luz de espacio que había atravesado desde las lejanas profundidades de la Galaxia, y en el incontable espacio de tiempo que duraba su viaje cósmico. Todo cuanto sabía o había sabido siempre, era que constituía el único ser viviente en el Universo.

No había nacido, puesto que no había otro igual a él. Era un trozo de roca poco mayor de una milla de diámetro, flotando libre en el espacio. Existen miríadas de tales pequeños mundos; pero todos son materia muerta, inanimada. Pero él tenía conciencia, era una entidad. Una combinación accidental de átomos en moléculas habían hecho de él un ser viviente. Para nuestro conocimiento presente, tal accidente ha ocurrido solamente dos veces en el infinito y en la eternidad; el otro ocurrió en la materia primigenia de la Tierra, cuando los átomos de carbono formaron la vida sensible que se multiplicó y evolucionó después.

Las esporas de la Tierra, se trasladaron a través del espacio y sembraron la vida en dos planetas próximos, Marte y Venus y cuando un millón de años más tarde el hombre puso los pies en esos planetas, encontró en ellos una vida vegetal; pero tal vida vegetal, aunque había evolucionado de forma completamente diferente de la de la Tierra, tal y como el hombre la conocía, se había originado, no obstante, en el planeta madre. En ninguna parte, excepto en la

Tierra se había originado la Vida para evolucionar y multiplicarse.

La entidad procedente de las lejanías cósmicas de la Galaxia no se multiplicó. Permaneció como una entidad solitaria y única. Ni evolucionó, excepto en el sentido de que su conocimiento y su conciencia comprensiva evolucionaron aumentando tales facultades. Sin órganos sensoriales, aprendió a comprender sus principios y su mecánica y cómo hacer uso de ellos para moverse en el espacio libremente y a hacer muchas otras cosas.

Podría llamársele una roca pensante, un planetoide sensitivo... O igualmente un tráfuga, en el sentido biológico de la palabra; y que en realidad era una variación artificial de la materia.

Podría ser llamado, en fin, un vagabundo del Espacio.

Deambulaba por el espacio sin fronteras; pero no buscando otra clase de vida, otra conciencia, ya que desde siempre había asumido la certeza de que ninguna otra existía.

Y no se creía solo, ya que carecía del concepto de la soledad...

También ignoraba los conceptos del bien y del mal, ya que un ser solitario no puede conocer ni lo uno ni lo otro; la Moral, surge de una actitud hacia los demás. Carecía también del concepto de emoción, poseyendo solamente un constante deseo de incrementar su conciencia y su conocimiento, y que podría denominarse curiosidad. En tal caso, sí que podía atribuírsele un estado emotivo.

Y súbitamente, tras centenares de millones de años, aunque jamás joven ni viejo, se encontró aproximándose a un pequeño Sol amarillo con nueve planetas girando a su alrededor en órbitas elípticas.

Tal y como existen muchísimos otros en el Universo sin límites.

II

Le podríamos llamar Crag, puesto que era el nombre que usaba y le vendrá muy bien como nombre. Era un ladrón y un criminal asesino. Una vez, fue un hombre del espacio, de cuyo recuerdo le quedó una mano de metal. Eso y el gusto por los licores exóticos, además de una horrible aversión por cualquier clase de trabajo, podría resumir fácilmente el retrato somero de nuestro personaje.

El trabajo habría sido una cosa fútil para él en cualquier caso; habría trabajado quizás una semana en cualquier faena criminal sólo para pagarse una francachela o cualquier licor que de por sí hiciera la vida digna de vivirse. Sabía distinguir perfectamente el bien del mal; pero no le preocupaba ninguno de ambos conceptos, ni en el valor de un grano de arena de los desiertos de Marte. Tampoco se sentía solitario; porque se había hecho a sí mismo autosuficiente como para aborrecer al resto del género humano.

Especialmente ahora, que le tenían bien sujeto. De todos los lugares, allí en Alburquerque, el centro de la Federación, era seguramente el más difícil de cuantos existían para dar cualquier golpe, en los cinco planetas conocidos. Alburquerque, donde la justicia era más deshonesta que el crimen, era un lugar donde un criminal no tendría la menor oportunidad de realizar cualquier trabajo, a menos que no formase parte de la máquina. Los que realizaban trabajos, por su cuenta, independientemente, eran indeseables y duraban poco tiempo. Nunca debió haber ido allí; pero había sido tentado para hacerlo como cosa segura y había aceptado aquella oportunidad. Después supo que el elemento

que le indujo a venir a Albuquerque formaba parte de la maquinaria en acción y que el sueldo que le tendieron fue para atarle y encadenarle a la ciudad. No había tenido tiempo aún de entrar en posesión del trabajo que le habían ofrecido —si es que tal trabajo existía— y era posible que sólo existiese en la imaginación del agente secreto que le tendió el lazo. Le fueron a recoger al aeropuerto. Le encontraron en el bolsillo casi una onza de neftín, escondida en el doble fondo de un paquete de cigarrillos. Los cigarrillos fueron entregados por un vendedor comunicativo y hablador que había tomado asiento junto a él en el avión, como una muestra gratuita de una nueva marca que su Compañía estaba introduciendo en el mercado. El neftín era un mal asunto, la posesión de la droga, incluso habiendo sido adquirida, constituía una gravísima ofensa a la ley. Había sido una jugarreta y ahora le tenían bien cogido de pies y manos.

Sólo quedaba pendiente un detalle; el de si iría a cumplir una condena de veinte años a la colonia penal de Calisto, o le enviaban al psicógrafo.

Permanecía sentado en el catre de su celda, tratando de imaginar qué le ocurriría. Existía entre ambas cosas una gran diferencia. La vida en el penal, a fin de cuentas, era mejor que estar muerto, y siempre existía la posibilidad de evadirse. Pero la idea de ser llevado al psicógrafo, le resultaba espantosa e intolerable. Decidió que se suicidaría antes de que le condujesen al endemoniado aparato, o trataría por todos los medios de escapar para que le matasen en el intento.

En fin de cuentas, la muerte era algo con lo que un hombre de valor puede encararse y soltarle una carcajada en sus mismas fauces. Pero frente al psicógrafo, no. No, en la forma en que Crag lo consideraba. La silla eléctrica de unos cuantos siglos atrás, se limitaba sencillamente a matar a un hombre instantáneamente; pero el psicógrafo era algo mucho más horrible. El aparato, *ajustaba* a su víctima, a

menos que no se volviera loca. Estadísticamente, una vez de cada diez, producía la locura total y por tal razón se usaba sólo en raras ocasiones, ya que los crímenes castigados con la pena de muerte habían quedado atrás en los días en que existía la pena capital. Pero incluso para los delitos que incluían la posesión del neftín no era obligatorio; el juez escogía entre el psicógrafo o la otra alternativa de sentenciar al acusado a veinte años en la colonia penal de Calisto. Crag tembló ante la idea de ser enviado al psicógrafo, puesto que, habiendo sido perfeccionado y aún contando con la posibilidad de eliminar la locura, tal pena podría ser aplicada a los delitos de menor cuantía como el que había cometido.

Cuando el psicógrafo funcionaba bien, convertía en normal al condenado. Le devolvía a su estado normal, al remover de su mente descubriéndolos, todos los recuerdos y experiencias que pudieran haberle conducido a la aberración y al delito. *Todos* los recuerdos y experiencias, tanto los buenos como los malos.

Tras pasar por el psicógrafo, el condenado comenzaba una vida nueva a partir de la nada, prácticamente, en cuanto concernía a su personalidad. El sujeto recordaba sus facultades y habilidades, sabía cómo expresarse y alimentarse o cómo ejecutar cualquier trabajo o habilidad personal.

Pero no recordaba su nombre, ni aún repitiéndoselo mil veces. A Crag no le hubiese sido posible recordar ni la época en que estuvo en Venus torturado durante tres días y dos noches, antes de que el resto de la tripulación le recogiese del poder de los vegetales animados, a quienes disgustaba la carne y especialmente la del cuerpo humano. Ni recordaría la época en que fue hombre del espacio, o la ocasión en que permaneció nueve días sin agua. No le hubiera sido posible recordar nada de cuanto le hubiese podido suceder en su vida anterior.

Se recomenzaba a vivir a partir de una piltrafa, como una persona diferente.

Y así, Crag, que podía enfrentarse con la muerte como tantas veces lo había hecho, no podía concebir el horror de andar vagabundeando, animado sólo por el espectro que aquella máquina infernal hubiera dejado de su persona, manejada por un extraño, a quien sin conocer, ya odiaba con todas sus fuerzas; con el cuerpo que le hubiera dejado aquel extraño y pensando en cosas en las que él, Crag, jamás hubiera podido pensar.

Sabía que podría hacerlo; pero no era cosa fácil; el arma que llevaba en su propio cuerpo estaba muy bien adaptada para matar a los demás, más bien que para suicidarse. Era preciso tener un valor extraordinario para matarse a sí mismo con una porra.

Incluso siendo tan eficiente como la mano izquierda de metal que Crag portaba en su organismo. Mirándose a tal mano, recordaba que nadie podía jamás imaginar que pesara doce libras en lugar de varias onzas. Puesto que el metal de que estaba compuesta, tenía la misma coloración que la carne viviente, era preciso mirarla muy de cerca para darse cuenta de que se trataba de una mano artificial. Si cualquiera lo advertía, ya que la fabricación de miembros artificiales hechos de duraloy, se conocía desde más de un siglo, cualquiera podría suponer que la mano de Crag también estuviera fabricada de aquel metal. El duraloy era solamente una fracción del peso del magnesio y no mucho más pesado que una madera corriente.

Pero la mano de Crag, era de duraloy en el exterior; pero estaba reforzada con plomo y acero interiormente. Era una mano con la que no se podía enfrentar cualquiera para recibir una bofetada, ni de la forma más suave posible. Pero una larga práctica había dotado a Crag de la facultad de emplearla como si en realidad pesara las tres o cuatro onzas que cualquiera pudiese esperar como peso real de un miembro semejante.

Tampoco podía esperarse que su mano pudiera ser desarticulada, ya que todas las manos artificiales como la suya,

al igual que los pies y piernas estaban quirúrgicamente bien adaptadas permanentemente al cuerpo de sus portadores. Era la causa por la que a nadie se le ocurrió quitársela al entrar en la cárcel. Un cirujano que vivía como renegado de la sociedad en Río, se la había arreglado así en parte, ya que el miembro había sido fabricado por el mismo Crag, habiéndosela unido con todos sus tendones y músculos y nervios hasta formar parte integrante de su propio organismo. Las reacciones voluntarias funcionaban a la perfección y así, la mano de Crag, era la más temible de las armas. Un puñetazo bastaba para destruir a cualquier enemigo a su alcance.

Y era la única arma que Crag llevaba consigo.

Desde la rejilla del techo de la celda una voz le advirtió:

—Su juicio se ha anunciado para las catorce horas. O sea, de aquí a diez minutos. Está dispuesto. Crag miró hacia la rejilla y contestó con una atrocidad. Pero como la mirilla enrejada tenía comunicación en un solo sentido, nadie la oyó.

Crag se aproximó hacia la ventana y permaneció en pie mirando hacia la enorme extensión de la ciudad de Albuquerque, la tercera gran ciudad del sistema solar y la segunda en importancia de la Tierra. Corriendo diagonalmente a lo largo del sudoeste, pudo apreciar la brillante pista del gigantesco espaciopuerto durante varias millas de distancia.

La ventana no estaba enrejada, sino simplemente encristalada con una durísima sustancia plástica. Podría seguramente destruirla en parte con la mano izquierda; pero hubiera necesitado estar dotado de un par de alas para poder escapar por allí. Su celda se hallaba en el piso superior de un enorme edificio judicial de la Federación, de treinta plantas de altura.

La pared era una superficie totalmente plana al exterior, en toda su extensión hasta el piso de la calle, sin nada donde poder asirse. Sólo cabría el suicidarse desde allí; pero el

suicidio podía esperar, mientras existiese la menor oportunidad de poder ir a la colonia penal, en vez de al psicógrafo.

Crag odiaba aquella ciudad corrompida, peor en su forma que Marte City, la ciudad del vicio del sistema solar. Alburquerque no era un lupanar precisamente; pero constituía el centro de las intrigas entre los Gremios y la alta clase dirigente. La política se revolcaba literalmente sobre un campo de estiércol, y todo el mundo, excepto los jefes importantes, caían en medio, sin importar a qué partido ayudaban incluso tratando de ser neutrales en política.

La voz procedente del techo anunció nuevamente:

—Ahora tiene la puerta abierta. Continúe corredor adelante, donde se encontrará al final a los guardias que le escoltarán hasta el tribunal.

A través del panel plástico de la ventana, Crag captó la lejana visión, como un destello plateado, de una espacionave que se aproximaba a la ciudad, pudiendo oír ligeramente en la distancia el potente zumbido de sus reactores. Aguardó unos segundos hasta que estuvo fuera de su vista.

No podía continuar esperando por más tiempo tampoco, ya que sabía de cierta forma, que aquella orden era como una prueba. Podía haber esperado en la celda y forzar a los guardias a venir a buscarle; pero si lo hacía así, y particularmente si resistía cuando llegasen, tal postura de resistencia sería debidamente cargada en su contra y sería tomada en consideración cuando se pronunciase la sentencia. Aquello tal vez pudiera significar la diferencia entre Calisto y el psicógrafo.

Abrió la puerta de la celda, ya sin el cerrojo y salió al corredor que recorrió a todo lo largo; era por otra parte la única dirección posible a seguir. A un centenar de yardas le esperaban dos guardias uniformados de verde. Iban armados con pistolas de rayos caloríferos y aguardaban a pie firme su llegada.

Ni ellos hablaron a Crag, ni éste a los guardias. Se apartaron y le colocaron entre ambos. La próxima puerta se abrió automáticamente conforme se aproximaron. Crag sabía perfectamente que le hubiera resultado fácil matar a la pareja de guardias, literalmente de primera mano. Un súbito manotazo con la mano izquierda dirigido a la frente del guardia de su izquierda y otro rápido al de la derecha, y ambos habrían muerto sin la menor oportunidad de utilizar sus armas y sin saber jamás lo que les habría ocurrido. Pero atravesar las demás barreras de guardias, era otro asunto mucho más peliagudo. Era una posibilidad demasiado remota para considerarla entonces, antes de haber oído la sentencia. Así, pues, continuó caminando en calma entre sus dos guardianes y descendiendo la rampa que bajaba al piso inferior y atravesando diversos corredores, en dirección a la sala en que se había formado el tribunal que le juzgaría.

La sala era regularmente grande, aunque en ella sólo había una docena de personas presentes, incluyendo a Crag y a los guardias que le custodiaban. Los procedimientos judiciales se habían simplificado considerablemente bajo los usos de la Federación, aunque, al menos en teoría, eran imparciales y justos como siempre.

El juez, que vestía un traje de calle propio de un hombre de negocios, tomaba asiento en una mesa, dando la espalda a una de las paredes de la estancia. Los dos hombres de leyes, uno para la acusación y otro para la defensa, ocupaban sendos pupitres, uno a cada lado de la mesa del juez. Los cinco miembros del jurado, ocupaban confortables asientos a lo largo de otra pared. Contra una tercera, el técnico de sonido tenía dispuestos sus aparatos de registro. La mesa del defensor estaba situada diagonalmente de forma que diese frente al juez y a los miembros del jurado. No había público ni periodistas, aunque el juicio no fuese secreto; la totalidad del proceso sería registrado en bandas magnetofónicas y tras el juicio, las copias precisas estarían

dispuestas para los representantes autorizados de los medios informativos.

Nada de aquello era nuevo para Crag, ya que había sido juzgado una vez con anterioridad y en donde resultó libre porque los cinco miembros del jurado, número necesario tanto para la convicción como para la absolución de los cargos, decidieron que la evidencia era insuficiente.

Pero una cosa sorprendió notablemente a Crag. El juez era Olliver. Lo sorprendente de aquello no residía en el hecho de que Olliver hubiese sido el juez que presidió el proceso anterior contra Crag, seis años antes, aquello pudo muy bien haber sido una coincidencia, o bien pudo ser también que Olliver hubiese aplicado, como privilegio de juez, el haber ocupado la presidencia del proceso, a causa de un previo interés por Crag. Lo realmente sorprendente era que Olliver estuviese sentado allí como juez, en un caso cualquiera de delito común. En los seis años transcurridos desde el primer juicio contra Crag, Olliver se había convertido en un hombre realmente importante.

El juez Olliver, aunque menos fanáticamente conservador que la mayor parte de los miembros del Partido Sindical —popularmente conocido por el «Dorado»— había subido muy alto en tal partido y había sido incluso su candidato para el puesto de Coordinador de Norteamérica, el segundo puesto de máxima importancia en la política del sistema solar en la elección de hacía seis meses. Es cierto que perdió la elección, pero había recogido más votos que cualquier otro gran Sindicato en el país desde hacía casi un siglo. Seguramente había debido ganar una posición relevante en el partido, como para presidir juicios criminales de pura rutina a su elección.

En opinión de Crag y aunque le odiaba como hombre, sentía una admiración secreta por Olliver. Aunque Crag era un cínico políticamente considerado, pensó que Olliver estaba más cerca de ser un hombre de Estado que cualquier otro político del momento. Creyó que el partido Sindical

trataba ahora de elevar a Olliver a un puesto de prominencia, proponiéndole para la máxima magistratura del sistema: el Coordinador General del sistema solar en las próximas elecciones. En Norteamérica, como en Marte, el Partido Dorado tenía una gran mayoría; pero a través del sistema solar, considerado como un todo, los dos partidos se hallaban casi igualmente equilibrados en su poder político y el puesto de Coordinador del Sistema junto con la mayoría de los puestos del Consejo del Sistema eran cosa que podían ser adquiridos en cualquier elección. Seguramente que Olliver, al mostrarse en una elección donde las posibilidades habían sido fuertes contra él, había ganado no obstante, una oportunidad para optar al puesto máximo, en el que casi estaría seguro de conquistar a la próxima ocasión.

Por lo que concernía a odiar a Olliver personalmente, la respuesta yacía en la forma de expresarse que éste tuvo con él, tras el primer juicio en la conversación privada entre el juez y el acusado y que era de costumbre sostener al final de un proceso, tanto si el acusado era hallado culpable o inocente. Olliver había llamado a Crag por nombres que éste no había podido olvidar.

Y ahora Crag se encontraba otra vez frente a Olliver, sabiendo que esta vez el jurado le hallaría seguramente culpable y que la designación de la sentencia recaería simplemente sobre Olliver.

El juicio siguió su pauta con la precisión de un reloj.

Terminadas las formalidades de rigor, las deposiciones de los testigos repetidas por los aparatos de registro, fueron hechas oír al tribunal mediante las bandas sonoras correspondientes. La primera correspondía al capitán de la policía que estaba de guardia en la oficina policial del aeropuerto. Testificó que justo poco antes de la llegada del avión, había recibido una llamada telefónica de larga distancia de Chicago. La persona que llamaba, una mujer, había rehusado dar su nombre, pero le dijo claramente, que un hombre llamado Crag, a quien describió prolijamente,

era uno de los pasajeros del aparato y que era portador de neftín. Describió la detención y el cacheo a que sometió a Crag y cómo encontró la droga. Después, en la banda sonora, se oyó el cuestionario llevado a cabo con Crag por su abogado. Sí, se había intentado localizar la llamada de Chicago. Supieron que procedía de una cabina pública, pero no fue posible hallar ninguna pista que condujese a la identidad del informante anónimo. Sí, la búsqueda había sido perfectamente legal. Para tales servicios de urgencia, la policía del aeropuerto contaba con órdenes de detención y cacheo. Solían emplearse allá donde a su juicio fuese conveniente. En caso de aviso, anónimo u expreso, cualquier pasajero era siempre detenido y cacheado. No se le producía ninguna molestia si el pasajero se encontraba inocente de contrabando.

Otros tres miembros del destacamento de la policía del aeropuerto, declararon relatos similares, todos estuvieron presentes en la detención y testificaron que el neftín se había hallado en posesión de Crag. El abogado de Crag no les había hecho preguntas.

Después le tocó el turno a la declaración de Crag. Se le permitió hacerlo en sus propias palabras y describió cómo al subir al avión encontró el asiento libre junto a aquel otro pasajero, un tipo alto, elegante y bien vestido. No hubo conversación alguna entre ellos, hasta que el avión estuvo próximo a Alburquerque, en que el individuo en cuestión se presentó a sí mismo como un tal Zacarías y afirmó ser un vendedor de cigarrillos, que viajaba introduciendo una nueva marca para su Compañía. Estuvieron hablando sobre aquella nueva marca comercial y tal individuo insistió para que Crag aceptase un paquete como muestra gratuita de propaganda. Aquel individuo, abandonó el avión a toda prisa, tras la llegada a destino y estaba totalmente fuera de su vista cuando la policía detuvo a Crag y le llevó a la oficina del aeropuerto para cachearle.

A renglón seguido, en el magnetófono apareció el cuestionario llevado contra Crag por el fiscal. El fiscal falló en haber podido cambiar cualquier detalle del relato del acusado; pero éste se vio forzado a empeorar la situación de su caso, al rehusar contestar a cualquier pregunta sobre sí mismo, aparte del breve episodio que había narrado.

Después, como refutación del relato hecho por Crag, el fiscal presentó el registro de uno de los testigos, un tal Krable, quien testificó, tras una somera descripción de Crag, que en efecto, había estado sentado junto a éste, en el vuelo en cuestión, que no se había presentado bajo el nombre de Zacarías ni de ningún otro, que no había existido la menor conversación entre ellos y que desde luego, no había entregado nada a Crag. Preguntado por el abogado de la defensa, sólo se limitó a reforzar su declaración recalcando que era un respetable hombre de negocios, propietario de una camisería, que carecía de antecedentes penales y que su vida era como un libro abierto.

Posteriormente se procedió a comprobar la presencia de Krable confrontándolo con Crag. Éste estuvo de acuerdo que Krable era el hombre que había ocupado un asiento vecino en el avión que le trajo a Albuquerque volviendo a remachar que aquel Krable se había presentado a sí mismo por el nombre de Zacarías y que le había entregado el paquete de cigarrillos.

Y aquellos fueron todos los testimonios. Mientras Olliver procedió brevemente a hacer a los miembros del jurado los cargos convenientes sobre la responsabilidad y la conciencia de su veredicto, Crag se sonreía para sí, viendo la simplicidad y la perfección de la farsa que se había montado.

De aquella forma, pocas personas en realidad habían sido precisas. No más de cuatro. El soplón que le había enviado a Albuquerque. Una persona encargada de arreglar las cosas para que ocupase el asiento en el avión que debía ocupar. Una mujer que hiciese una llamada anónima. Y por fin, Krable, que sin duda sería tan respetable como afirma-